

línea, se detenía por momentos para disparar; una sierpe de fogonazos la surcaba y después continuaba la marcha. Eulogio vió dos soldados apuntándole; quiso gritar, y ya no pudo... Junto á su cuerpo la tierra se esponjó con la sangre de tres heridas. Respiraba nún... Un sargento lo remató de un culatazo.

Cuando cinco horas más tarde se restableció la calma, un hombre bien vestido entró en la oficina de Telégrafos y pidió con acento extranjero un impreso de cablegrama, sobre el cual escribió: "*Vatan fils Paris. Negocio hecho*".

## LOS MUERTOS







Jorge Xavier de la Cueva

I

¿Fué capricho ó causa ignorada lo que impulsó á doña Emilia Gil á legar todo su capital para la fundación y el sostenimiento de un hospital de leprosos? Como carecía de parientes, nadie tuvo interés en averiguarlo. Al mes de abrirse el testamento, mientras varias cuadrillas de albañiles transformaban un viejo caserón, solitario á medio camino del campo de maniobras, tres médicos se disputaban ya la dirección facultativa, y antes de cumplirse el año el hospital hubiera podido funcionar, á no faltarle un pequeño detalle: los enfermos.

Y no es que dejase de haber leprosos en aquella ciudad tropical; pero el vilipendio que siempre fué aparejado á esa triste dolencia, la riqueza, la despreocupación del país, y el aspecto de enterrados en vida que desde la Edad Media tuvieron los lazarinós confinados en asilos, los ahuyentaban. Fué precisa para encontrarlos, la batida incansable del albacea, del director y de los practicantes, temerosos de ver desvanecerse sus canonjías. Enfermos



de primer grado nunca los hubo, y las salas, perfectamente pertrechadas para el tratamiento progresivo de la lepra, fueron envejeciendo y empañándose, sin que los espejos de estuco reflejaran la cara de ningún esperanza-do de ver desaparecer de su piel las úlceras vejaminosas. Tres ancianos mendigos, ya carcomidos por el mal, un mozalbete medio idiota que merodeaba por los muelles, y un campesino arrebatado con engaño, de su mísero huerto, fueron los primeros en ingresar. Después, muy poco á poco, llegaron nuevos parias que creyendo en la posibilidad de sanar, se sometían al principio de buen grado, y al ver transcurrir, estériles, los días, se rebelaban, forzando al personal á vigilarlos como si fueran presos. Algunas tardes cuando, por azar, mientras estaban en el jardín, sentían el paso de un carro por el camino, para dar una válvula á su ira se ponían á gritar: "¡Eh... eh, el que pasal... ¡Nos tienen aquí secuestrados; dígalo en la ciudad!" Y el carretonero, un poco teneroso, miraba á todas partes, hasta tropezar con el alto muro pintado de gris, igual que el muro de un cementerio, tras del cual se alzaban las voces.

Por previsión verdaderamente femenina de la fundadora, debía atenderse á los enfermos "con todos los adelantos de la Ciencia", y cualquier descuido comprobado, bastaba para

destituir al director y á todo el personal responsable, incluso al albacea, si el Ayuntamiento estimaba, por mayoría de votos, que había transgredido la voluntad de la testadora. Desde el día en que el obispo de la ciudad roció con agua bendita las paredes, se entabló un duelo entre los concejales, deseosos de acaparar aquella pingüe administración y el albacea y sus empleados, que se defendían con las armas de la "profilaxia", las "fórmulas nuevas" y el "tratamiento racional". Del extranjero llegaba cada dos ó tres meses un alud de libros que, después de amontonarse en arrinconados anaqueles, eran catalogados y abiertos en un solo día, cuando cualquier confianza permitía temer una visita de inspección. En el régimen interior del hospital, observábase una disciplina, nunca relajada, que hacía más dura la existencia de los leprosos. Sus habitaciones — una galería dormitorio, otra galería de reunión, un salón-comedor y tres cuartos más — estaban aisladas de las habitaciones del servicio. La monja jamás entraba, sino cubierta de un capuchón protector, y desde el primer día le pusieron el nombre de *El Coco*; el médico — un joven de mirada dulce y distraída — siempre encapuchado también, se dedicaba ocultamente á la vivisección; y como de tiempo en tiempo oíanse los gritos de los animales sobre que experimentaba, los le-



prosos, después de haberle bautizado con el nombre de *El Buzo*, lo confirmaron con el de *El Verdugo*. Una delación, hay quien supone que lanzada desde las altas ventanas de la galería y transmitida por algún viandante, promovió escándalo en la prensa, y el médico fué sustituido; pero el nuevo doctor, como los otros que le sucedieron, se siguieron llamando así. Al cabo de algunos años, desaparecidos ya los primeros enfermos, nadie hubiera podido fijar el origen de aquellos motes; y se decía *El Coco* y *El Verdugo*, sin mofa y sin saña, naturalmente, como si fueran nombres propios.

Nunca supieron las ocho ó diez familias que se sostenían holgadamente en la ciudad á expensas del hospital de lázaros, las vicisitudes que tuvo la institución hasta consolidarse, ni la honda y mansa tristeza sobre que se sustentaba su bienestar. En épocas irregularmente repetidas era necesario al albacea emprender la caza de enfermos; una vez hubo en el asilo una rebelión sin consecuencias, según la nota oficial publicada, aunque un semanario de esos que aun defendiendo la verdad se hacen antipáticos por el tono procaz, afirmó que el médico y dos practicantes habían tenido que defenderse con revólveres de los leprosos dispuestos en un acceso colectivo de paroxismo á pasar sobre ellos para salir de aque-

lla cárcel. Desde entonces, la vigilancia fué más severa, y un tupido alambrado cubrió las ventanas. El jardín, antes limitado por las tapias exteriores, se redujo de área y el portero, un hombre barbudo que temía tanto el contagio de los leprosos que casi los odiaba, á pesar de vivir á sus expensas, tuvo la buena idea de no dejar salir á ninguno á las nuevas tapias del jardín, reservándose entre ellas y las antiguas una zona ancha, imposible de franquear, que vigilaba con implacable celo.

Al cabo sólo quedaron en el hospital los enfermos incurables; pústulas vivientes que paseaban sus pobres almas prisioneras en la carne misteriosa é irreparablemente lacerada, por la larga galería de reunión, en cuyo testero de honor el retrato de la fundadora, asomada á un marco de nogal, contemplaba con sonrisa equívoca la obra de su capricho ó de sus ignoradas razones. Cuando de tarde en tarde había ejercicios militares en el campo de maniobras, las caras purulentas se achataban contra los cristales para ver pasar á los soldados. En el rápido desfile, los leprosos percibían detalles cuyos comentarios prolongaban días y días, satisfechos de poder juzgar hechos vivos; y cuando el desfile, igual que una goma incapaz de estirarse ya por exceso de uso, no permitía más comentarios, volvían melancó-



licamente á nutrir sus imaginaciones y sus necesidades críticas de los hechos que publicaban los periódicos; hechos tan distantes, tan difíciles de imaginar con sus contornos y su pasión, que se les antojaban fantasmas de hechos, lo mismo que eran sus vidas fantasmas de vidas.

Con los años, el retoque hecho al edificio se marchitó, y las paredes de la fachada se desconcharon, como si también la casa se hubiera contagiado de la terrible enfermedad. De regreso del jardín, los ojos cansados de reflejar siempre los mismos horizontes, miraban desde la galería alta el campo, que adquiriría bajo la sedosidad violeta del crepúsculo ese aire desmayado que sigue á los grandes excesos; toda la exuberancia lujuriosa del día, trocábase en fatiga á esa hora. El sol, antes de ahogarse en el mar, suscitaba relámpagos en las cúpulas lejanas de la población; un silencio donde naufragaban los ruidos pequeños, se tendía sobre el campo; en la brisa se mezclaban el yodo y el salitre del mar con olores desconocidos y con la fragancia de jardines que los pobres ojos de los prisioneros no podían ver; y al caer la noche el haz luminoso del faro, trazando una inmensa circunferencia, pasaba á intervalos regulares por el cielo: dando glorioso y fugitivo que los leprosos hubieran querido detener una vez,

hacerlo entrar por las ventanas, y alumbrar el dormitorio con su luz lunar en el instante en que *El Coco*, apagando las lámparas de gas, gritaba con desabrida voz:

—¡Á dormir, á dormir!... Mañana será otro día, si Dios quiere. II